

ADRIAN McKINTY

# LA ISLA MALDITA



Buscaban unas vacaciones tranquilas en familia,  
hasta que un terrible error lo cambió todo.

ADRIAN McKINTY

# LA ISLA MALDITA

Traducción de Milo J. Krmpotić

 Planeta

Título original: *The Island*

© Adrian McKinty, 2022

Edición publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, Nueva York, Nueva York, USA. Todos los derechos reservados

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorialplaneta.es](http://www.editorialplaneta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: julio de 2024

ISBN: 978-84-08-29093-3

Depósito legal: B. 10.881-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# 1

El letrero decía: ALICE SPRINGS 25, TENNANT CREEK 531, DARWIN 1.517.

Se tomó un segundo o dos para asimilarlo.

Si de algún modo se saltaban Alice Springs, tendrían que seguir otros quinientos kilómetros (más de trescientas millas) para poder conseguir comida, agua o gasolina. Miró por las ventanillas a lado y lado de la carretera vacía y vio exactamente eso: nada. La radio se había pasado los últimos veinte minutos yendo y viniendo, pero era posible que la señal estuviera cobrando fuerza. Podía identificar a John Lennon, que cantaba sobre el «viejo de cabello aplastado» que se acercaba «contoneándose con lentitud».

Era capaz de identificar casi cualquier canción de los Beatles a partir de uno o dos compases o un fragmento de la letra. Sus padres, igual que casi todo el mundo en la isla Goose, adoraban a John Lennon y, con una televi-

sión y una recepción de internet que solo se presentaban de manera intermitente, la música había cobrado una importancia aún mayor. La canción llegó a su fin y un DJ se puso a parlotear.

—*Eso ha sido «Come Together», la canción que abre Abbey Road. Y antes ha sonado «Hey Jude». ¿Alguien puede decirme en qué álbum aparecía «Hey Jude»?*

El DJ hizo una pausa para dejar que sus oyentes contestaran.

—No apareció en ningún álbum, estaba en un sencillo de siete pulgadas —susurró Heather.

—*Nanay, no nos llaméis. No es ningún concurso. Era una pregunta trampa. «Hey Jude» no se lanzó en ninguno de los álbumes originales de los Beatles, solo en los recopilatorios. Bueno, colegas, espero que disfrutarais de la agradable temperatura de la medianoche, cuando tuvimos el mínimo del día: 36 °C, que para los carrozas son 96,8 °F.*

Tom gruñó sin despertarse y ella bajó el volumen. Le esperaba una mañana ajetreada, y hasta el último segundo de sueño iba a serle útil. Se volvió para mirar a los niños, que también estaban dormidos, aunque Owen había estado con el móvil hasta media hora antes, aferrado a la esperanza de que una señal de wifi se materializara en medio del desierto. Olivia se había quedado frita mucho rato antes. Heather se fijó en si los dos tenían bien ajustados los cinturones de seguridad y devolvió la atención a la carretera vacía.

Siguió avanzando.

El traqueteo de la transmisión. Las polillas en los faros. El tamborileo de las ruedas del Toyota sobre el asfalto.

Pensó que las películas de Mad Max habían sido editadas con habilidad para ocultar lo tedioso que era en realidad conducir por el interior de Australia. Desde Uluru, el paisaje había sido el mismo. Te llevaba a anhelar, por contraste, la excitación del atasco de tráfico de cada mañana en el puente de West Seattle. Allí no había ningún otro vehículo; solo el ruido del Toyota y la radio que iba y venía. Tampoco había gente, pero junto a la señal de obras viales vio unas máquinas color caqui de gran tamaño que descansaban cubiertas de polvo al lado del cruce como mastodontes dormidos.

Continuó conduciendo y comenzó a preocuparse por la posibilidad de haber tomado un desvío equivocado. No había ninguna señal que anunciara una ciudad o un aeropuerto. El GPS llevaba mucho rato sin actualizarse y, según la pequeña pantalla, estaba perdida en una vasta nada absoluta en algún lugar del Territorio del Norte.

Su intranquilidad se acentuó cuando empeoró la superficie de la carretera. Buscó señales de vida al frente y por las ventanillas laterales.

Nada.

Maldición, debía de haberse equivocado donde las obras...

Un enorme canguro de color gris apareció de repente ante los faros.

—¡Mierda!

Pisó el pedal a fondo y el Toyota se detuvo con un frenazo inquietante y un estremecimiento. Tom y los niños se vieron arrojados hacia delante y, a continuación, hacia atrás gracias a los cinturones de seguridad.

Tom gruñó. Olivia gimoteó. Owen resopló. Pero ninguno llegó a despertarse.

—Vaya —dijo Heather, y se quedó mirando al canguro, que seguía plantado allí, a menos de dos metros del coche.

Un segundo más y habrían sufrido un accidente grave. Le temblaban las manos. Le costaba respirar. Necesitaba aire. Puso el Toyota en modo de estacionamiento, dejando las luces encendidas, y apagó el motor. Abrió la puerta y salió al exterior. Era una noche cálida.

—Largo —le dijo al canguro—. No puedo seguir contigo en medio de la carretera.

El animal no se movió.

—¡Largo! —repitió, y dio una palmada.

El canguro no dejaba de mirar el coche. ¿Cómo era posible que no comprendiera el lenguaje universal de un «largo» seguido de una palmada?

—Es posible que los faros lo hayan cegado. Apáguelos —dijo una voz en la oscuridad, a su izquierda.

Heather dio un respingo y se volvió para ver que había un hombre a pocos metros de ella, en el desierto. Al

enterarse de que se marchaba a Australia, Carolyn le había advertido sobre «las serpientes y las arañas más letales del mundo», y cuando eso no funcionó le envió una lista de películas sobre autoestopistas asesinados por maníacos en medio del monte. «¡Hay un género entero dedicado a ellos, Heather! Tiene que estar basado en hechos reales», le dijo Carolyn.

Heather solo había visto una, *Wolf Creek*, pero le dio el miedo suficiente.

—No pretendía asustarla —añadió el hombre.

A Heather le palpitaba con fuerza el corazón, pero la voz del hombre era tan calma, suave y poco amenazadora que se tranquilizó de inmediato.

—Hummm, lo siento, ¿qué ha dicho de los faros? —preguntó.

—Que deben de haberlo cegado. Apáguelos y dele un minuto —dijo el hombre.

Heather introdujo el brazo en el Toyota y apagó las luces. El hombre esperó unos instantes y avanzó hasta la carretera.

—¡Venga, muchachote! ¡Vete de aquí! —dijo, y dio una palmada.

El canguro volvió la cabeza, los miró a los dos con aparente indiferencia y, a continuación, a su propio ritmo, se alejó brincando hacia el interior de la noche.

—Bueno, menuda experiencia. Gracias —dijo Heather, y tendió la mano al hombre, que se la estrechó.

Medía en torno a un metro sesenta y cinco, tendría



unos sesenta años y el cabello rizado y moreno. Vestía una sudadera roja, vaqueros cortos y chanclas. Llevaban casi una semana en Australia, pero aquel era el primer aborigen con el que Heather se había encontrado. Allí fuera, en mitad de ninguna parte.

—Y digo, no es usted de por aquí, ¿verdad? —observó el hombre.

—No. En absoluto. Me llamo Heather y soy de Seattle. Esto... en Estados Unidos.

—Yo soy Ray. Yo tampoco soy de por aquí. Venimos cada año por la feria. Mi pueblo, digo.

—¿Su pueblo?

—Sí, venimos por la feria. Cada año.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Heather vio que había mucha más gente con él, en el desierto. De hecho, se trataba de un campamento al completo, unas veinte o treinta personas en total. Ancianos y niños. La mayoría dormían, pero otros estaban sentados en torno a las ascuas de una hoguera.

—¿Adónde se dirige? ¿A Alice? —preguntó Ray.

—Estoy intentando llegar al aeropuerto. Si sigo por esta carretera...

—No, tendrían que haberla señalizado mejor. Por aquí no hará más que dar un buen rodeo por el campo. Vuelva hasta el lugar donde ha visto las obras y gire a la derecha. Llegará a Alice en quince minutos. No encontrará nada de tráfico.

—Gracias.

Ray asintió con la cabeza. Se quedaron allí plantados un instante más, incómodos. Heather se dio cuenta de que no quería que la conversación llegara a su fin.

—¿A qué feria van? —preguntó.

—A la de Alice Springs. Es el mayor acontecimiento del año por estos lares. A los blancos no les gusta vernos por la ciudad, pero no pueden evitar que vengamos a la feria.

—¿Qué tipo de feria es? ¿Una feria estatal?

Ray asintió con la cabeza.

—Algo así, digo yo. Es una feria de ganado, pero con comida y música. Y atracciones para los críos. Hay gente que viaja desde muy lejos. Normalmente es en julio, pero este año será antes. Vienen pueblos de todo el territorio, algunos incluso desde Queensland. Mi pueblo lleva tres días caminando.

Heather volvió a mirar al «pueblo» del hombre, fascinada. ¿Aquella gente —abuelas, padres, niños pequeños— llevaba tres días a pie por el desierto?

—Ninguno de los renacuajos ha visto a una norteamericana. Tendrán algo que contar. ¿Le importa si vienen a saludarla rápido? —preguntó Ray.

Heather dedicó unos minutos a conocer a la familia de Ray; a los que estaban despiertos, al menos. Su nieta Nikko; Chloe, su esposa. Esta admiró sus pendientes y Heather le rogó que se los quedara como regalo de agradecimiento después de que Ray la ayudara con sus indicaciones. Ella aceptó el obsequio, pero no antes de que

Ray le diera a Heather un pequeño cortaplumas que había hecho él mismo.

—Los vendo en la feria. Madera de jarrah y hierro del meteorito —dijo.

—¿Hierro del meteorito?

—Sí. Del que cayó en Wilkinkarra.

El cortaplumas tenía un grabado de emús y canguros en un lado, y lo que ella identificó como la Vía Láctea en el otro. Era precioso. Negó con la cabeza.

—¡No puedo aceptarlo! Debe de valer cientos de...

—Tendré suerte si saco veinte pavos por cada uno. Cójalo. Es un trato justo. Un intercambio. Los pendientes por la navaja. ¿Ve la anilla en la parte inferior? Me han dicho que si mete las llaves en ella y lo deja todo en la bandeja fuera del detector de metales, con el móvil, puede incluso volar con él. Creerán que no es más que un llavero.

Fue imposible convencer a Ray de que no se lo regalara, y Heather lo aceptó de buena gana. Se subió al Toyota, se despidió con la mano y deshizo el camino hasta la señal de obras en la carretera, donde esta vez tomó el giro correcto en dirección a Alice. A medida que se acercaban a la ciudad, la carretera fue ganando confianza. Casas y tiendas brotaban en la oscuridad. Vio fogatas con hombres y mujeres a su alrededor. Otros pueblos que, al parecer, habían acudido por la feria.

El móvil recuperó la señal de GPS. La radio volvió a sonar.

—En el cruce siguiente, gire a la izquierda hacia el aeropuerto de Alice Springs —anunció de repente Google Maps con un animado acento australiano.

Diez minutos después, Heather había llegado al aeropuerto. Se dirigió al estacionamiento de coches de alquiler y apagó el motor. Una señal decía NO DEN DE COMER A LOS DINGOS, PERROS SALVAJES NI GATOS CALLEJEROS por encima del dibujo que mostraba a un perro de expresión triste y a un gato indiferente. Se aseguró de que el cierre de las puertas estuviera echado y dejó que todos durmieran un rato más.

—Ya hemos llegado —dijo al fin, y sacudió con suavidad a Tom.

Él se estiró.

—Oh, genial. Gracias, cariño. ¡Hubiera conducido un rato! Tendrías que haberme despertado. ¿Algún problema?

—La verdad es que no, pero me he encontrado con un canguro enorme en mitad de la carretera —dijo, encajando el cortaplumas en el llavero.

—¿Has visto un canguro y no nos has despertado? ¡Venga, Heather! —refunfuñó Owen desde el asiento de atrás antes de retorcerse con un bostezo.

Despertaron a Olivia, cogieron las maletas y entraron, aturdidos y soñolientos, en el edificio de la terminal. Faltaban tres horas para el vuelo. Tom nunca había llegado tarde a coger un avión y no pensaba adoptar esa mala costumbre en aquel momento. El aeropuerto esta-

ba desierto salvo por una pareja de góticos ultramaquillados que no debían de parecerse en nada a la foto de sus pasaportes. Cuando llegó su turno de pasar por la máquina de rayos X, Heather sonrió a la agente de seguridad, una mujer mayor que ella.

—Los góticos de hoy en día... mucho maquillaje y nada de arcos ojivales —dijo.

La mujer pensó en ello un instante y soltó una risita para sí. Hizo un gesto para dejar pasar a la familia.

Nadie le confiscó el cortaplumas. Lo cual fue una suerte para Heather, porque dos días después le salvaría la vida.